

LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA EN LA OBRA DE RUBÉN CALDERÓN BOUCHET

THEOLOGY OF HISTORY IN CALDERÓN BOUCHET'S WORKS

LUIS MARÍA DE RUSCHI

RESUMEN. Rubén Calderón Bouchet ha sido uno de los más importantes historiadores de las ideas políticas en la Argentina. Pero su pensamiento, marcado por el tradicionalismo católico, no se conformó con una imposible filosofía de la historia sino que trató de alcanzar propiamente una teología política.

PALABRAS CLAVE. Rubén Calderón Bouchet. Argentina. Tradicionalismo católico. Filosofía de la historia. Teología de la historia.

ABSTRACT. Professor Rubén Calderón Bouchet was one of the most important historians of political thinking in Argentina during the second half of the XX century. A traditionalist catholic he did not intend to formulate an impossible philosophy of history but a true theology of history.

KEY WORDS. CRubén Calderón Bouchet. Argentine. Catholic traditionalism. Philosophy of history. Theology of history.

1. Introducción

Mi querido amigo Miguel Ayuso, que tanto ha hecho, hace y Dios quiera siga haciendo por muchos años por la causa del tradicionalismo hispánico, me ha pedido que con ocasión de este Congreso Internacional sobre los Maestros del Tradicionalismo hispánico de la segunda mitad del siglo XX, presente algunos aspectos del pensamiento de don Rubén Calderón Bouchet, historiador y pensador tradicionalista argentino.

Nació nuestro autor en Chivilcoy, provincia de Buenos Aires un 1º de enero de 1918. Descendiente de viejas familias criollas, después de una ajetreada juventud, varias mudanzas y cambios de profesión, llega su conversión en el año 1947, casi de la mano con el inicio de sus estudios en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuyo, provincia de Mendoza, donde se radica definitivamente. Allí funda su familia junto a doña Blanca Robello, de la que tendrá numerosos retoños.

En Mendoza cultiva la amistad con dos jóvenes profesores, Alberto Falcionelli y Guido Soaje Ramos, con quienes mantendrá una amistad inquebrantable y un camino intelectual conjunto, siempre arduo, sin concesiones y que le valdrá una injusta falta de reconocimiento, cuando no la persecución y el ostracismo por parte del mundo académico oficial, incluido el nominalmente católico, porque en su magisterio, Rubén Calderón Bouchet tampoco dejó de denunciar la herejía que corroe los corazones y las mentes de muchos hombres de Iglesia¹.

1. Una semblanza de Rubén Calderón Bouchet puede verse en Dardo CALDERÓN, «De cómo una moto, un chanco, una novela de Jacques Perret y la Santa Iglesia Católica me explicaron a mi padre», en AA.VV., *A la luz de un ágape cordial*, SS&CC Ediciones, 2007, págs. 39-58.

Pocos autores en la Argentina han tratado la historia política y la historia de las ideas políticas con la profundidad y verdadera erudición como Rubén Calderón Bouchet. Desde la Polis griega hasta los grandes movimientos políticos del siglo XX casi no hay período histórico destacable que no haya sido objeto de estudio y producción escrita, porque Calderón Bouchet, como bien lo ha apuntado Juan Fernando Segovia, era un intelectual en el que el tránsito de la lectura a la escritura era algo connatural, una suerte de imperativo de su amor a la verdad y a la vocación de difundirla². Escribía no para alcanzar el aplauso, el éxito y el reconocimiento, sino para transmitir la verdad ardua, y ello porque fue un hombre de un talante verdaderamente sapiencial. De un conocimiento vastísimo, sus trabajos traslucen una sabiduría que proviene del estudio y la contemplación y que no necesita adornarse de aparatos críticos exhaustivos o notas eruditas para brillar.

La defensa de la verdad católica fue el norte de toda su vida, y como buen católico y hombre de elevadas luces, no le fue ajena la denuncia del proceso que desde hace cinco siglos viene demoliendo la Cristiandad y las ruinas que hoy quedan de ella. Por ello Calderón Bouchet fue un contrarrevolucionario, y digo más, uno de los principales difusores en América del Sur del pensamiento contrarrevolucionario clásico y creo que ha sido esta comprensión del fenómeno revolucionario lo que ha llevado a nuestro autor a considerar con especial atención la acción de la Providencia en la historia, y sin abandonar su posición de historiador, como él mismo lo ha dejado asentado en sus libros, se preocupó de lo que se ha dado en llamar la Teología de la historia. Esta ha sido una de las notas tónicas de casi toda su vasta obra escrita, aunque dedicó dos libros específicos a esta cuestión: *Esperanza, historia y utopía*³ (en adelante *EHU*), escrito a fines de los años setenta del siglo XX y *La arcilla y el hie-*

2. Juan Fernando SEGOVIA, «Rubén Calderón Bouchet, un contrarrevolucionario historiador de la Contrarrevolución», en AA. VV., *A la luz de un ágape coral*, cit., pág. 60.

3. Buenos Aires, Dictio, 1980.

rra⁴ (en adelante *LAH*), publicado a principios del siglo XXI y que de algún modo es una recapitulación de su pensamiento filosófico-político.

Abordaré el tema reseñando algunos tópicos que aparecen como capitales en la obra de Calderón Bouchet: en primer término, la historia en sí misma; seguidamente el sentido de la historia y los denominados «puntos de mira»; luego la esperanza y su lugar en la historia, pasando seguidamente revista a las relaciones entre el Estado moderno y la escatología, para finalmente cerrar con algunas conclusiones.

2. La historia

Calderón Bouchet afirmaba que podemos ver en el hombre moderno frente a la historia una actitud científica objetiva por la que pretende indagar acerca de ella sin arriesgar una interpretación comprometedora, especialmente la atinente al destino de su principal protagonista, el hombre. «Pero –agregaba– la pregunta sigue de pie [...] el destino del hombre se juega en la historia y éste es un hecho que ningún historiador ignora aunque haya resuelto no hacerle un lugar entre sus preocupaciones» (*EHU*, 236).

Para comenzar a desbrozar este asunto, dedicó especial atención a la doble designación que a partir de la Ilustración se aplicó a la historia, distinguiendo entre ciencia de la historia y filosofía de la historia, indicando que estos nombres aplicados a un mismo saber complican la reflexión histórica, marcada a fondo por compromisos antropológicos (*EHU*, 229). Nuestro autor cree que en razón de un único objeto formal la unidad de la ciencia histórica no es posible, pero advierte una falsa oposición entre un saber que constata hechos y otro que los explica, y ello en razón de que ninguna ciencia admite

4. Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2001. El capítulo II de esta obra fue publicado en forma autónoma en el año 2002 bajo el título *La política y el orden de la conciencia* en el Cuaderno de Divulgación núm. I de la revista *Custodia de la Tradición Hispánica*, por la Editora Santiago Apóstol de Buenos Aires.

una división de esta naturaleza, acotando que en el estudio de la historia «se constata y se explica lo que se puede, y ambas tareas están ligadas indisolublemente a un mismo saber» (EHU, 237). Por ello, contra esta división (que tiene como padre a Voltaire), Calderón Bouchet sostiene, basándose en la existencia de un elemento formal común a toda una categoría de hechos una suerte de unidad objetiva de la historia, advirtiendo que «conviene observar el carácter paradójico de este *objectum formale quod* que no inspira la formación de un universal in significando único, sino que obliga a tomar en consideración las diferencias cualitativas de las diversas épocas» (EHU, 240).

Así, no obstante esta unidad de la ciencia histórica, «conviene admitir que la indagación histórica no puede eludir la preocupación por el destino del hombre» y para satisfacer esta exigencia «cuando más completa sea la aptitud del historiador para captar los múltiples intereses de nuestra existencia», en mejores condiciones estará para comprender la época a la que avoque su estudio (EHU, 242).

Si la historia entitativamente considerada es una cualidad del acto humano, en cuanto tal no puede tener un fin distinto de aquel hacia el cual apunta la actividad del hombre, y por ello se puede afirmar que no existe un fin de la historia diverso del fin que persiguen los hombres (EHU, 259). Esta cualidad, en contra de cuanto afirma el pensamiento moderno, hace que no tenga sentido hablar de una orientación finalística de la historia, ya que ésta «no es una substancia mítica, ni una acción inmanente al alma del mundo. Es una cualidad propia del acto humano y como tal, no tiene finalidad fuera de aquella que en cada una de sus acciones, el hombre se propone» (EHU, 259). Lo histórico pues, tiene por causa eficiente al hombre y excepcionalmente a Dios, señalando Calderón Bouchet que «la intervención directa de Dios en nuestros actos corrientes no es habitual, pero a veces esa intervención aparece de un modo inequívoco y marca todos los acontecimientos ulteriores a su epifanía con un sello imborrable. Pero el responsable directo, inmediato y tangible de este “cuento contado por un loco” que parece la historia, somos nosotros» (EHU, 255).

Al margen de esta intervención directa y extraordinaria de Dios en la historia, lo que sí hay es una presencia de Cristo, que es la que

mide el valor de los hechos humanos y por lo tanto el de los hechos históricos, y es bajo este punto de vista que una buena historia, escrita por un cristiano «es siempre una visión profética» como lo fueron *La Ciudad de Dios* de San Agustín y el *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet. Señala Calderón que «San Agustín trazó el camino en “*La Ciudad de Dios*” y ésa es la huella que debemos seguir, adaptando nuestra lengua y nuestra reflexión a los signos del tiempo que nos toca vivir» (*LAH*, 153).

Quede sentado que en la obra de nuestro autor la consideración de la atracción bipolar del hombre por las dos Ciudades agustinianas es un punto de partida en la indagación acerca de la historia: «Dos ciudades se incoan en la tierra y luchan entre ellas mezclándose en el tiempo. La ciudad de Dios formada por los que viven según la fe y la ciudad terrena constituida por los que viven según la astucia de este mundo. La naturaleza, corrompida por el pecado, engendra a los ciudadanos de la ciudad terrena. La gracia, que libera del pecado, a los de la ciudad celeste» (*EHU*, 60). Ambas sociedades son entidades místicas y definitivas, pero no se reconocen como encarnadas ni en la Iglesia ni en la sociedad temporal.

A esta contemplación racional de los misterios revelados el santo obispo de Hipona la denominaba «filosofía» «y a esto, precisamente solemos llamar teología; por esta razón la filosofía de la historia de San Agustín es una reflexión de los misterios cristianos en su relación con el itinerario místico del hombre» (*EHU*, 60). Y la historia contemplada desde este punto de vista admite pronóstico, siendo la profecía, nota distintiva de la Revelación, un pronóstico cierto referido en la historia de la Salvación que anuncia lo porvenir «La tarea del que pronostica en un ámbito de intereses cristianos es ver hasta qué punto un pronóstico histórico llevado rigurosamente sobre los hechos, puede coincidir con una profecía aún no cumplida»⁵, y en esto radica la faena del historiador de miras teológicas.

5. Reseña al libro de Joseph PIEPER *Sobre el fin de los tiempos*, publicada en <http://argentinidad.org/nota/sobre-el-fin-de-los-tiempos> (consultado el 1 de septiembre de 2014).

3. El sentido de la historia: el falso y el cristiano

Los llamados filósofos de la historia no han tenido en cuenta los recaudos de la sana filosofía «y a veces, con gran ingenio, han echado a rodar teorías sobre el sentido de la historia fundadas en las bases, bastante discutibles, de algunas postulaciones *a priori*, antes de su constatación en los hechos» (EHU, 231). Como bien recordaba Karl Löwith en su obra *El sentido de la historia*, este pensamiento tenía una marcada inspiración teológica y sustituía la profecía arbitraria de la Revelación por un pronóstico racional, reemplazando de este modo a la Divina Providencia por una previsión meramente humana (EHU, 261).

En este contexto la escuela crítica alemana realizó un importante esfuerzo intelectual para darle un estatuto epistemológico a la denominada «filosofía de la historia», y sus cultores buscaron, secularizando conceptos tomados de la teología, «sustituir la Providencia por una entelequia de su fabricación. Los teólogos la han examinado [a la historia] como un drama de origen divino donde se cumple, en el decurso de los siglos, la caída y la redención». Los cultores de la teología de la historia, insistieron en el carácter meta-histórico del destino del hombre y a través de los datos de la Revelación diseñaron «los elementos fundamentales de la situación cultural que precederá el acontecimiento escatológico por antonomasia: el fin de los tiempos» (EHU, 245). Por su parte, los autores racionalistas, liberados de todo prejuicio religioso, depuraron a conciencia las implicancias místicas de estos conceptos, aunque sus intenciones no siempre coincidieron con sus afanes, resurgiendo con un vigor imponente las viejas ideas cristianas y sugiriendo un final feliz de la historia sin advertir «que la historia era un campo de agonía y que el tiempo del hombre se cerraba con la muerte» (EHU, 245).

El paralelismo de estas teorías con las enseñanzas de San Agustín y Bossuet es notable, aunque estos autores conciliaban el actuar de la Divina Providencia con la libertad humana. El hombre, para el pensamiento tradicional, es dueño de sus actos, y el conjunto de estos forma el entretejido de la historia. Con estas premisas, indicaba Cal-

derón Bouchet, la reflexión sobre las acciones de los hombres «por muy penetrante que fuera el ojo del teólogo, no podía ir mucho más allá de las motivaciones humanas que las sostenían. Dios no quería nuestra pérdida, sino nuestra salvación. Los acontecimientos históricos llevaban la marca de los desencuentros entre lo querido por Dios y lo libremente elegido por el hombre bajo la sugestión del demonio o por la presión de sus malas inclinaciones. Dios está en todas partes y para quien tiene el ojo de las cosas sobrenaturales no le es difícil hallarlo en la naturaleza y en la historia, pero en ambos casos la ciencia explica los fenómenos mediante una identificación de las causas segundas que intervienen en su explicación» (*EHU*, 262-263). En esta interrelación entre lo divino y lo humano en el curso de la historia, Calderón Bouchet, para evitar caer en las garras de un determinismo de cualquier signo, traía a colación la distinción entre causa, condición y ocasión, que permiten distinguir las influencias del accionar de hechos anteriores. Decía: «La condición es una presencia necesaria para que la causa influya, pero no influye por sí misma. La situación histórica de un pueblo condiciona todos los actos humanos que en él se realizan, pero esto no destruye la libertad y por lo tanto lo histórico, en tanto cualidad del acto humano, es condición y no causa de la modalidad de los actos futuros», mientras que «La ocasión es un elemento que suscita el movimiento casual, pero por sí misma tampoco influye en el efecto» (*EHU*, 254). De este modo sienta reales para evitar en el análisis de la dinámica predestinación –libertad sus respectivas radicalizaciones desviadas.

Sobre las apariencias sensibles de las cosas podemos formular muchas hipótesis, sin que ninguna de ellas posea los rasgos evidentes de la verdad: si bien sabemos que Dios es el Señor de la Historia, autor de los cielos y la tierra a los que gobierna con su Providencia, «sospechamos que existe un sistema del mundo que depende totalmente de Dios en su estructura inteligible y que, entre este sistema cósmico y la vida histórica del hombre puede haber una relación y armonía cuya estrecha vinculación ignoramos» (*LAH*, 35). Para poder seguir penetrando en este universo claroscuro, Calderón desataba la importancia del «punto de mira».

4. El «punto de mira»

Calderón denominó de este modo al acervo cultural personal que el historiador utiliza para analizar el pasado. Sea cual fuere el punto de mira elegido, se convierte en el hilo conductor de su explicación de los hechos. Así, en la época medieval el hombre «tuvo un punto de mira teológico para interpretar los acontecimientos históricos y en tanto la teología gozó de excelente salud, toda la realidad fue iluminada por sus principios» (*EHU*, 235). Al debilitarse el pensamiento teológico, el hombre descubre con horror el vacío dejado por su ausencia, y «en su premura por reconquistar un punto de mira análogo, se apresura a encender su propia lámpara interpretativa [...] y reemplaza la teología por alguna disciplina que dota artificiosamente, de una aptitud totalizadora», como han sido la sociología, el materialismo dialéctico o el historicismo, sistemas que han intentado sustituir la visión teológica de la historia (*EHU*, 235-236).

La filosofía de la historia nacida en la Ilustración es sin dudas sucesora de la interpretación teológica de la historia, pero sucesora bastarda, mostrándose como una clara manifestación del proceso de secularización de los principios teológicos, proceso llevado a su paroxismo por el movimiento revolucionario en su pretensión de instaurar el paraíso en la tierra (*EHU*, 229-230): «El mundo moderno, ese mundo construido por la Revolución, es un cristianismo invertido con su transposición naturalista de las tres virtudes teologales: fe, esperanza caridad. Una fe falsa, una esperanza utópica y el pretexto mentiroso de una caridad a nivel puramente humano, constituyen los motores morales del proceso revolucionario mundial. Fe en los medios técnicos para transformar al hombre en un ser equilibrado y armonioso. Esperanza en una futura organización social sin contradicciones, y un amor puramente verbal, para construir sobre él el orden socialista» (*EHU*, 340).

El hombre tiene fines que le son propios, más no de la historia. Si bien pueden revelar el sentido colectivo en muchas ocasiones, no va más allá. «Pretender ver en ellos una trama invisible y oculta, pero llena de sentido, es una temeridad. Es querer ver la historia del hom-

bre con los ojos de Dios y no comprender que, hasta cierto punto, el valor de nuestras decisiones en el tiempo se mide por una libre respuesta dada a la solicitud del amor divino» (EHU, 264).

5. La esperanza

Calderón afirmaba que «para quien examina la relación del hombre con la historia, la esperanza se convierte en un elemento esencial a su reflexión» porque ella es la que da sostén a la voluntad en las tareas que el hombre proyecta en miras al futuro (EHU, 43).

Sentada la importancia de la esperanza en la historia, distinguía entre lo que se podría llamar una esperanza humana y la virtud teológica de la esperanza: «Si se busca la esperanza entre las virtudes morales no se la hallará con ese nombre, pero la cosa aparece señalada cuando se examina el talante con que se espera la realización de un buen propósito. Esta firmeza en la decisión y esta robustez de ánimo era llamada por los latinos *fiducia*, *fidencia* o *confidentia*, cuya traducción por “confianza” la hace confundir con la fe en su primera acepción vulgar» (EHU, 43), delineando inmediatamente la característica esencial de la esperanza religiosa: virtud que no nace del temperamento, sino de la adhesión a la Revelación y que tiene por objeto el siglo por venir. Pero esta *vita venturi saeculi* puede ser objeto de una interpretación carnal, tan al gusto de algunas corrientes progresistas e incluso tradicionalistas. Para Calderón Bouchet, este siglo por venir apunta a un tiempo futuro y se interrelaciona con el advenimiento del Reino de Cristo, reino que como es sabido, «*non est de hoc mundo*» (EHU, 45).

Esta mirada puesta hacia el futuro meta-histórico «modifica la perspectiva de la historia. El hombre cristiano no volverá sus ojos al pasado, sino para confirmar, en los ejemplos de los grandes testimonios, su confianza de que al fin de los tiempos Cristo colmará su expectativa» (EHU, 47), pero para nuestro autor, esta mirada reclama una aclaración: «como el sujeto de la esperanza es el mismo creyente y éste fundamentalmente espera por sí, es difícil admitir la existencia de eso que un tanto metafóricamente se llama esperanzas colectivas» (EHU, 45).

Con esta aclaración, Calderón Bouchet impugna lo que denomina «esperanza colectiva». En base a cuanto afirma acerca de la centralidad del hombre como actor de la historia, sostiene que una esperanza colectiva es inexistente, ya que «la colectividad en cuanto tal no puede ser sujeto de una esperanza. Puede haber colectividades que participen de una esperanza, siempre y cuando comprendan que cada uno de los miembros de la colectividad espera por su propia cuenta y como persona singular, no como parte de una comunidad que espera» (*EHU*, 47). No obstante, por la esperanza teológica, el hombre no espera para sí solo y puede esperar para los demás «la consecución del mismo bien, con tal que los considere como unidos a sí mismo y como algo en cierto modo suyo» (*EHU*, 48).

6. La estatua de Daniel

Establecidas estas premisas de su reflexión teológica sobre la historia, pasemos a ver algunas indagaciones de Calderón Bouchet sobre la historia universal en concreto.

Advertía que el acontecimiento central de la historia, el advenimiento del Redentor, había sido aguardado expectantemente por todos los pueblos de la Antigüedad, «aunque sólo con Israel adquirió una fuerza profética clara y decisiva. Lo que las otras naciones conocieron bajo formas de un simbolismo misterioso, lo recibió Israel a la manera de una promesa y de un pacto formal» (*EHU*, 51).

Dentro de la historia de Israel, el maestro mendocino prestó especial atención a la figura del Profeta Daniel, quien durante el cautiverio babilónico pronuncia la primera profecía que, allende el destino concreto, histórico de Israel, describe un panorama de la historia de la humanidad hasta el fin de los tiempos (*EHU*, 52). Se trata de la profecía sobre el sueño de Nabucodonosor y la estatua de oro, plata, bronce, hierro y barro.

Sobre esta figura misteriosa indicaba don Rubén: «desde los primeros exégetas hasta los de hoy, se ha visto en la estatua del sueño la sucesión de los imperios en número de cuatro, el último de los cuales fue el Imperio de Roma, en cuyo tiempo apareció Cristo y

fundó la Iglesia, delante de la cual doblaron sus rodillas las potestades del mundo» (*EHU*, 53), agregando que esta interpretación presenta dificultades textuales: «los dedos de hierro sobre la arcilla tienen la significación de un nuevo reino intrínsecamente dividido y éste no sería el Imperio Romano, designado por las piernas de hierro; la caída de la estatua, símbolo de la historia humana en su itinerario terrestre, se produce como consecuencia de la falta de fusión entre el hierro y la arcilla» (*EHU*, 53-54).

En este tema, nuestro autor utiliza la interpretación del francés Raoul Auclair, quien a partir de una peculiar intelección de los tiempos de la historia, establece seis tiempos de mil años antes de la consumación de los siglos. Nuestro tiempo sería el quinto, caracterizado por la inestabilidad de la endeble mezcla entre la arcilla y el hierro de la que están formados los dedos de la estatua⁶.

Como ya hemos referido, tradicionalmente se interpretaba a la estatua como una imagen profética de la sucesión de los imperios hasta la aparición de la Iglesia⁷; más Calderón Bouchet estima que no se trata de cuatro imperios antes de la aparición de la Iglesia, sino de cinco imperios, este último conformado por los diversos reinos de la Cristiandad Medieval y sus epígonos. Decía: «Estos reinos divididos del imposible quinto imperio son los reinos cristianos. El hierro significa el orden cesáreo, militar, de la ciudad terrena cuyo paradigma bíblico es Babilonia. La arcilla designa el espíritu del Evangelio y con el ella se edifica la Jerusalén celeste, el Reino de Dios para los elegidos de Yahvé. La mezcla imposible libra los pueblos cristianos a una permanente división interior, a una tensión de fuerzas contrarias, en constante desequilibrio» (*EHU*, 54).

6. Raoul AUCLAIR, *Le fin du temps*, Paris, Fayard, 1973, págs. 46-49 y *Mystère de l'histoire*, Paris, Nouvelles Editions Latines, 1977, págs. 13-17.

7. Por ejemplo, Fulcran VIGOUROUX, *Manuel Biblique*, Paris, Maison Jouby et Roger, 1892, pág. 1058 y E. PHILIPPE, «Daniel le prophète», en Fulcran VIGOUROUX, *Dictionnaire de la Bible*, Paris, Letouzey et Ané, 1912, T. II, columnas 1248-1249.

Para nuestro autor, la lección más importante de la profecía de Daniel radica en la fragilidad de las obras de los hombres, toda vez que éstos tienen la tendencia a olvidar que la salvación propia y la de sus semejantes depende de Dios y no de ellos. Los grandes imperios de la antigüedad, Babilonia, Persia, Egipto, Macedonia y Roma fueron una clara muestra de esta tentación permanente. Clarificando esta afirmación explicitaba: «El sueño de Nabucodonosor, tal como el profeta Daniel lo explicó, sugiere con exacta claridad, cuál es el destino de los imperios y la frágil consistencia de sus cimientos. Nos dice también de qué modo la arcilla, que sirve de fundamento a los pies de hierro del gigante, no es apta para el sostenimiento del poder cuando éste se erige en un absoluto político. Los hombres, abandonados a la inspiración de su albedrío, siguen caminos extraños y cuando se separan de Dios y piensan haber alcanzado la plenitud de un poder capaz de darle el dominio técnico sobre el mundo, se sienten al mismo tiempo libres de la Providencia Divina, sin comprender que han perdido el bien del intelecto y que están más sometidos que nunca a la presión de sus más bajos apetitos» (*LAH*, 49).

La desconfianza de don Rubén hacia este endeble orden fundado en la arcilla y el hierro podría llevar a considerar de parte de nuestro autor una suerte de indiferentismo político que él mismo dice «no es difícil hallar en San Agustín», toda vez que su preocupación teológica no le permitió asentar esperanzas en la constitución de un orden social justo (*EHU*, 66-67). Si bien es claro que la liberación del hombre de las ataduras del pecado, del error y de la miseria solamente puede venir por el orden de la gracia (*LAH*, 15), en atención a la naturaleza del hombre, la adhesión espontánea al bien es imposible y por ello Dios mismo ha querido que los hombres cuenten con las exigencias compulsivas del orden político, y por ello «la misión de la Iglesia no puede medrar sin una férrea constitución del orden civil. De otro modo, apenas alcanzará a ser una modesta capillita de mártires» (*LAH*, 62).

La civilización por la que transita la Iglesia realizando su misión salvífica, «está constituida por los hombres que, en su precaria condición carnal, están sometidos a la triple presión del error, el pecado

y la miseria. Estos hombres, cuyos actos verdaderamente libres son relativamente escasos, precisan el hierro de la ley para evitar, dentro de lo que es posible a los artilugios humanos, que los errores, los pecados y la miseria destruyan definitivamente los fundamentos espirituales de la convivencia» (*LAH*, 17-18), fundamentos necesario para alcanzar la bienaventuranza eterna.

7. El Estado moderno y la escatología

Con relación a la historia del estado moderno, arquetipo de artilugio redentor, decía Calderón Bouchet que «para cualquiera que pueda mirarla sin los anteojos deformantes de la ideología, muestra el proceso de una paulatina usurpación eclesiástica, porque aspira a conseguir la realización de una suerte de Reino de Dios mediante el artilugio de recursos legales» (*LAH*, 19), realización que se pretende realizar en la historia y que echa mano a un punto de mira determinado para contemplar la trama histórica.

Si para la comprensión de la historia era importante el punto de mira sobrenatural y teológico, dentro de éste, don Rubén —como no podía ser de otro modo— prestaba particular atención a todas las profecías escatológicas, preanuncio del fin meta-histórico del hombre, advirtiendo que en la consideración del testimonio profético debemos proceder con sumo cuidado (*LAH*, 29).

Siguiendo la interpretación de Auclair relativa a los tiempos de la historia, asume que nos encontramos transcurriendo el sexto día de mil años, que anuncia la inminencia de un sábado que los profetas —auténticos o falsarios— ven como el inicio de una nueva era. Era que se anuncia como el fin de un mundo y que, según el punto de mira adoptado, será para algunos la instauración del paraíso en la tierra por medio de la fraternidad universal y el socialismo o por la aparición de un período dorado imaginado por ciertos místicos inspirados en el pasaje del Apocalipsis referido al milenio. Otros, finalmente, creen que nos hallamos «efectivamente, en los umbrales del tiempo del Anticristo y el fin de la historia después del fracaso de las obras nada más que humanas» (*EHU*, 56). Este sexto día se correspondería

a la muerte de Dios, tiempo llamado por Hegel y por Nietzsche como *Viernes Santo* de la Cristiandad (EHU, 57).

El Apocalipsis, es por lo tanto, un libro capital para el historiador que pretenda tener un punto de mira asentado en la Revelación, ya que «una serena frecuentación de su texto permite una percepción más honda de los sucesos históricos y una mejor comprensión de la época» (EHU, 342). Sabemos que Dios no ha creado el mundo para destruirlo ni para que el hombre edifique una Babel a sus espaldas. Lo creó para sí y *propter electos*, para aquellos quienes siguiendo libremente las inspiraciones de la gracia ponen sus esperanzas en el Reino definitivo preparado y anunciado desde el comienzo de la historia (EHU, 343).

Para Calderón Bouchet, las esperanzas carnales suscitadas por el punto de mira naturalista, es decir el de la Revolución, se resumen en el Anticristo, que viene a instalar en el mundo una dominación radical sustentada en la adoración al hombre por medio de la adoración a su persona. El Anticristo, recordaba nuestro autor, «no es un hereje en el sentido clásico del término, porque su acción no se limita a la propagación de un error dogmático. Es un hombre poderoso y como tal una figura eminentemente histórica, enriquecida con el aporte cultural de la civilización moderna» (EHU, 345).

Retomando una idea de Pieper, Calderón Bouchet afirmaba la pertenencia del Anticristo al campo político: es un poderoso de este mundo que se enriquece del aporte de las fuerzas humanas en aras de la instauración de un nuevo orden que será considerado como definitivo y liberador, y de allí que este misterioso personaje sea considerado como el mismo Cristo. Para poder instalar su poder, deberá procurar la unión política, militar y económica sellada por la religiosa. Este orden fundado a espaldas de Dios y que pretende ser el Reino de Dios en la tierra que liberará al hombre de error, el pecado y la miseria, es el término final del proceso revolucionario (LAH, 158).

Por ello, «así como la Iglesia se coloca por su origen y esencia en un plano de intereses y realidades sobrenaturales, los enemigos de la Iglesia operan desde una dimensión también sobrenatural y bajo la misteriosa dirección de ese espíritu al que Pablo llamó el Príncipe

de este mundo. Como gran parte de esta lucha se dirime en el terreno de la vida política la Iglesia no puede ser indiferente al modo como se organiza la sociedad temporal. Entre la afirmación de Cristo de que su reino no es de este mundo y los reinos efectivamente mundanales no existe una dicotomía tajante y maniquea, sino una organización por la cual las sociedades temporales, siendo parte constitutiva del impulso natural del hombre para alcanzar su perfección, deben ordenarse de tal manera que favorezcan la eclosión sobrenatural de la gracia» (*LAH*, 178).

En el marco de esta lucha, los hombres transitan la historia hacia su destino que está fuera del tiempo, y «mientras este cuadro apocalíptico aparece en su condición de esbozo, el hierro de la ley y la arcilla evangélica están destinados a mantener sus puestos en un precario equilibrio y a ejercer el uno sobre el otro una influencia generalmente poco feliz, como si Dios hubiera querido, con este permanente desencuentro, mostrarnos que la historia de la salvación no es cosa de este mundo aunque en él se inicie» (*LAH*, 19).

8. Conclusiones

A lo largo de esta exposición he presentado, a mi entender, las principales aportaciones en materia de teología de la historia de la obra de Rubén Calderón Bouchet. El maestro mendocino siempre se mantuvo en el puesto de historiador, sin pretender usurpar el lugar del teólogo, pero hay en la teología de la historia una exigencia vital que va más allá de la ciencia. Y es esa actitud vital de ver las cosas *sub specie aeternitatis* la que Rubén Calderón Bouchet tuvo en el desempeño de su tarea de estudioso, divulgador y maestro.

Es clara la influencia de San Agustín con su tópico de las dos ciudades, ineludible para cualquier historiador que se precie de cristiano. Las luchas entre las dos ciudades forman el tejido de la historia. Ambas son constituidas por dos amores: el amor por sí mismo llevado hasta el desprecio a Dios que construye la ciudad de los hombres; y el amor a Dios llevado al desprecio de mí mismo, que construye la Ciudad de Dios. Estos dos amores cohabitan en los corazones

de los hombres y los disponen en grados múltiples de aproximación o alejamiento a una u otra ciudad, entidades místicas. Los límites de las dos ciudades no están definitivamente trazados en esta tierra: Dios quiso que hasta el último momento los hombres pudiesen optar por una o por otra, y para ello es suficiente la recta disposición del corazón y la aceptación de su Gracia.

Calderón Bouchet, en la estela de la escuela contrarrevolucionaria, denuncia el naturalismo que busca expulsar radicalmente a Dios de la historia, sustituyéndolo por diversos mitos, como ser el Espíritu, el azar o el progreso. La influencia de Hegel, autor capital en esta materia, se hizo sentir pesadamente en el pensamiento occidental, incluso dentro de los ambientes católicos, y nuestro autor se dedicó con especial ahínco a refutar las principales tesis hegelianas sobre la filosofía de la historia.

Para don Rubén, la trama de la historia después de la Encarnación es el paso de los días hasta su consumación dentro de la endeble mezcla de la arcilla y el hierro, símbolos del mensaje de Cristo y del poder político que no pueden amalgamarse de manera estable, principalmente por la tentación de éste último de usurpar a la Iglesia, por medio del artificio del poder y la propaganda, la misión liberadora del hombre del pecado, el error y la miseria. Esta unión frágil no lleva a Calderón Bouchet a una suerte de indiferentismo político habida cuenta de la supremacía de la Gracia por sobre el orden natural, sino que –formado en la sana filosofía– comprende la necesidad del orden político, ya que los hombres «precisan el hierro de la ley para evitar, dentro de lo que es posible a los artilugios humanos, que los errores, los pecados y la miseria destruyan definitivamente los fundamentos espirituales de la convivencia» (*LAH*, 18).

El hombre, en su camino hacia su fin meta-histórico, es gobernado por la Divina Providencia, que es Dios mismo considerado en una de sus infinitas perfecciones, aquella que manifiesta su gobierno sobre todas las cosas creadas. La Providencia, que es el ordenamiento de la cosas hacia su fin (I, q. 22, a. 5) respeta la libre voluntad del hombre en someterse a su yugo. Si hay un «sentido cristiano de la historia», lo será de un modo radicalmente diverso al de la Ilustración

y sus epígonos, ya que la predestinación y el gobierno infalible de Dios interactúan con la libertad humana, sin rasgo alguno de determinismo.

A diferencia de autores como el Padre Ramière⁸, el Cardenal Pie⁹ o Mons. Henri Delassus¹⁰, Calderón Bouchet no espera un triunfo temporal de la Iglesia por sobre sus enemigos antes de la consumación de los siglos. En una sintonía afín a la del Padre Roger-Thomas Calmel, O.P.¹¹ (autor por el que el maestro mendocino tenía particular afición), destacó la necesidad de poner nuestra esperanza en el siglo por venir mientras caminamos el sexto día de la historia, el Viernes Santo de la Cristiandad.

También podemos vislumbrar la influencia con el pensamiento del Padre Leonardo Castellani, cuya interpretación de la estatua de Daniel es llamativamente convergente con la de Don Rubén, lo que no llama la atención por otra parte, habida cuenta de la alta consideración que tenía nuestro autor por la obra del P. Castellani¹².

El Anticristo aparece como el culmen del proceso revolucionario, cuyos agentes quieren de espaldas a Dios, construir el Paraíso

8. Henri RAMIÈRE, *El Reino de Jesucristo en la historia. Curso de Teología de la Historia*, Tradere, 2009.

9. Puede verse con gran provecho la obra de Théotime DE SAINT-JUST, *La Royauté Social de N.-S. Jésus-Christ d'après le Cardinal Pie*, Paris, Beauchesne, 1925, págs. 273-280.

10. Henri DELASSUS, *La conjuration antichrétienne*, Lille, Société Saint-Augustin, Desclée de Brouwer, 1910, en especial los capítulos LXXVI a LXXII.

11. Roger-Thomas CALMEL, *La théologie de l'histoire*, Bouère, Dominique Martin Morin, 1984. Este ensayo del Padre Calmel fue publicado originalmente en la revista *Itinéraires*, núm. 106 (sept.-oct., 1966), págs. 13-180.

12. «Las piernas de la Estatua son de hierro, y en su extremidad, de hierro y tierra greda. De ahí que ese imperio se parte y fracciona. Los Santos Padres vieron ciertamente el fraccionamiento de Roma, primero en dos partes, Roma y Bizancio, después en los diversos dominios que se adjudicaron paulatinamente los “comandantes” del Ejército Romano, bárbaros de origen casi todos, pero educados por Roma, raíces de las grandes naciones de la Cristiandad europea. Mas pare Ud. de contar: más que eso naturalmente no vieron. No pudieron saber

en la tierra, para liberar al hombre supuestamente del error, el pecado y la miseria. El Anticristo no será, para don Rubén, un heresiarca tradicional, eminentemente eclesiástico, sino un político que logrando aunar el manejo de la sociedad, de las armas y la economía, sella su poder aparentemente absoluto, con el poder religioso y en supremo atrevimiento blasfemo, se hará adorar como Redentor.

Cuando todo parezca perdido, Nuestro Señor Jesucristo lo aniquilará con el solo aliento de su boca.

por falta de perspectiva histórica qué significaba el que “las diversas partes se mezclaban entre ellas por medio de semilla de hombres; pero no conseguían consolidarse, pues había greda mezclada al hierro” (II, 43). Sin embargo, persistieron en decir el Imperio Romano se mantenía en otra forma: la Cristiandad europea. El feudalismo: sabemos que los Reyes, Caudillos y Señores feudales por medio de matrimonios trataban de extender sus dominios y fundirlos en mayores reinos; pero los matrimonios entre herederos, así como reunían, así también dispersaban por las “guerras dinásticas”: ¡la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra! Por eso “ese imperio será en parte sólido y en parte desmenuzado”. Donde la Vulgata dice “*semine humano*” el griego de los LXX traduce “*eis guénesim anthropoón*”, por nacimiento de hombres, o sea por matrimonios y herencias. Prolongación de la Romanidad en la Cristiandad hasta 1806. Estos reinos de fierro y barro se prolongan hasta la Parusía; la Estatua dura manifiestamente hasta la Segunda Venida, no desaparece a la primera. Eso es hoy día manifiesto, y está en el texto sacro»: Leonardo CASTELLANI, *El Apokalypsis de San Juan*, Buenos Aires, Vórtice, 2005, págs. 280-281.